

LA ANÁMNESIS JUDÍA Y LA CRISTIANA

Un pensamiento al respecto

Los apóstoles, siguiendo el mandato de Jesús (*Lc 22, 19b y 1Co 11, 24: Haced esto en memoria mía*) celebraban la fracción del pan, repitiendo lo que Jesús había hecho en la última cena: tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo repartió; e hizo igualmente con la copa de vino. Ahora bien, eran conscientes de que su celebración iba más allá del simple recuerdo de la última cena de su Señor. Sabían que se trataba de un memorial de lo que aquella cena representaba sacramentalmente: el sacrificio de Cristo en la cruz. El mismo san Pablo lo indica cuando habla a la comunidad de Corintio sobre la Eucaristía: *cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva (1Co 11, 26)*. Y, además, el término griego empleado en el mandato de reiteración es «anámnesis»: *Toûto poiéite eis ten emêm anámnesis*. De modo que resuena esta categoría teológica tan importante del pueblo judío («zikkaron» en hebreo). De los variados usos de este término¹ a nosotros nos interesa destacar «anámnesis» o «zikkaron» como el

1 Cf. K. H. BARTELS, «Recuerdo», en L. COENEN, E. BEYREUTHER, H. BIETENHARD (dirs.), *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* 4, Sígueme, Salamanca²1987, 49-53; W. SCHOTTROFF, «Zkr - Recordar», en E. JENNI - C. WESTERMANN (dirs.), *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* 1, Cristiandad, Madrid 1985, 709-725.

recuerdo actualizador de una acción salvífica divina. Y así, cada año, el pueblo judío conmemoraba la cena de Pascua y la salida de Egipto de sus antepasados pasando de la esclavitud a la libertad, no sólo para festejar este paso liberador sino extender la gracia recibida entonces a las generaciones posteriores que, obviamente, no estuvieron presentes.

Si leemos con detenimiento los capítulos 12 y 13 del libro del Éxodo vemos cómo hay un rito hecho por los israelitas que conllevará una intervención divina. La acción ritual realizada en la noche de Pascua, que todos conocemos, fue la siguiente. Cada familia judía tomó un cordero o cabrito, sin defecto, macho y de un año. Lo mató al atardecer. Con su sangre tintaron el dintel y las jambas de las puertas de sus casas. Y lo comieron asado a fuego, deprisa, con la cintura ceñida, los pies calzados y el bastón en la mano, preparados para marchar. Esta acción humana tuvo ligada una actuación de Dios contemporánea. El Señor pasó esa noche por la tierra de Egipto hiriendo a todos los primogénitos del país, excepto los de las casas marcadas con la sangre del cordero, esto es, los de los judíos. De modo que el faraón permitió a los israelitas dejar su país, abandonando así la esclavitud y convirtiéndose, por tanto, en un pueblo libre.

Cada año, los judíos renuevan esa acción ritual, repitiendo esa misma cena. No obstante la intervención de Dios no se repite. Dios no vuelve a matar cada año a los primogénitos de Egipto. En su lugar se narra la actuación de Dios que aconteció entonces: *Cuando el día de mañana tu hijo te pregunte: «¿Qué significa esto?», le dirás: «Con mano fuerte nos sacó el Señor de Egipto, de la esclavitud.» El Faraón se había obstinado en no dejarnos salir; entonces el Señor dio muerte a todos los primogénitos de Egipto, lo mismo de hombres que de animales (Ex 13, 14-15).* La palabra sustituye a la acción salvífica que acaeció permitiendo que quien no estuvo presente entonces participe de la gracia celeste que allí se derramó. Esto es posible gracias a la fuerza de la palabra de Dios que no sólo sirve para comunicarnos sino que actúa, situándose dentro del lenguaje performativo. Recordemos que *la palabra de Dios es viva y eficaz (Hb 4, 12a)* y que *al igual que baja la lluvia desde el cielo y no vuelve sino después de empapar la tierra,*

de fecundarla y de hacerla germinar ... la palabra de Dios no vuelve a él vacía (Is 55, 10-11).

Al hacer «anámnesis» de la salida de Egipto el pueblo judío no actualiza la salvación que entonces Dios les otorgó sino que se retrotrae a aquel momento para sumarse al pueblo judío que vivía esclavo del faraón y ser protagonista de la liberación. De modo que se incorpora a la asamblea primigenia pudiendo decir que él ha salido de Egipto, que él ha cruzado el mar Rojo. Así lo manifiesta el propio ritual de la cena pascual judía cuando pone en boca del cabeza de familia dentro de la narración de la historia de Israel el siguiente texto: *Generación tras generación, el hombre debe reconocerse a sí mismo como si él hubiera salido de Egipto, pues escrito está: «En aquel día se lo contarás a tu hijo diciendo: “Es por lo que el Señor hizo por mí cuando salí de Egipto”»*. El Santo –bendito sea– no sólo liberó a nuestros antepasados, sino, junto con ellos, también a nosotros, pues escrito está: *«Y nos sacó de allí para conducirnos y darnos la tierra que prometió con juramento a nuestros padres»*. Por tanto la dinámica anamnética judía no es hacer presente un acontecimiento del pasado para que su gracia salvadora siga actuando hoy, sino trasladarse al pasado para recibir la intervención divina de entonces. En otras palabras, la acción salvífica aconteció una vez y no se prolonga al presente. No obstante yo puedo «viajar al pasado» por medio de la celebración ritual y ser partícipe de aquello que ya sucedió.

Si comparamos este planteamiento teológico de la «anámnesis» con la concepción cristiana observamos una diferencia substancial. Con la celebración eucarística la Iglesia representa (vuelve a hacer presente) el misterio pascual de Cristo. De tal modo que su efecto salvador se actualiza en el presente. La muerte de Jesús ocurrió de una vez para siempre (cf. *Hb 7, 27; 10, 10*) pero la alianza por él realizada se prolonga en el tiempo. Así la dinámica interna, desde la perspectiva temporal, es diversa. Nosotros no «viajamos al pasado», como hacen los judíos con la cena de Pascua, sino que el pasado «viaja al presente». De tal manera que en la eucología encontramos muchas oraciones que sitúan el misterio celebrado en el presente. Sirvan entre otros los siguientes ejemplos: «cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención» (oración sobre las ofrendas de la misa

de la Cena del Señor); «hoy que nos ha nacido el Salvador para comunicarnos la vida divina» (oración después de la comunión de la misa del día de la Natividad del Señor); «tu Hijo asciende hoy a los cielos en presencia de los apóstoles» (oración colecta de la misa de la vigilia de la Ascensión del Señor).

JOSÉ ANTONIO GOÑI
Pamplona (Navarra)